



CAPÍTULO XI.

De los ingredientes indispensables para un matrimonio por amor.

EN la casa de don Pedro María esperaban con ansia á Perez para saber el resultado de su misión diplomática; pero como ésta no había quedado terminada en la primera entrevista con Carlos, Perez prefirió no aparecer en la casa de don Pedro hasta saber á punto fijo el partido que debía tomar

Entretanto las amigas graves de doña Rosario creían prestarle un verdadero servicio con tomar á pechos lo de los informes secretos, y desde el mo-

mento en que cayó aquel asunto bajo su dominio, no perdonaron medio, ni espionaje, ni pesquisa para averiguar la verdad; y entre si Carlos era santo ó réprobo, desentrañaron las amigas de doña Rosario la historia privada de Carlos, quien por su parte estaba muy ajeno de ser la causa de aquella conspiración femenil.

Perez había acertado: le había caído un negocio explotable, y su primer cuidado fué interesar vivamente á Carlos y á Mercedes, porque ésta era la base de sus combinaciones.

El amor de Mercedes y Carlos contó desde su iniciación con el poderoso estímulo de la contrariedad, sin la cual probablemente aquel amor no se hubiera desarrollado.

Para doña Rosario era una verdadera calamidad casar á su hija con un hombre que ante todas cosas no fuese

timorato, y este era su único punto objetivo.

Don Pedro María, que desde que fué novio de doña Rosario, su mujer, tuvo la manía de conceptuarla mujer de talento, se había acostumbrado á seguir pasivamente el dictámen de su mujer, condescendencia que, por otra parte, cooperó y no poco á mantener una paz inalterable en el matrimonio.

Á medida que los días pasaban sin que la gran cuestión que preocupaba á doña Rosario tuviese una solución terminante, se aumentaban las precauciones, en el fondo y en la forma inútiles, para cuidar á Mercedes.

Ésta comenzó á ser el objeto de una vigilancia enojosa, al grado de experimentar todas las pequeñas contrariedades de la tiranía doméstica.

Hé aquí por qué medio el amor de Mercedes encontraba más y más estímulo.

La primera intuición del amor había sido en Mercedes tan espontánea, como lo es la simpatía; pero desde el momento en que comenzó á sufrir por esta simpatía, comenzó el culto de su amor.

En Cárlos se efectuaba igual reacción y como el amor en el hombre propende al heroísmo, Cárlos empezaba á creerse obligado por caballerosidad á redimir á Mercedes de la tiranía que sufría por su causa.

Perez entre tanto no había llegado á aclarar la cuestión pendiente, no había podido satisfacer la insaciable curiosidad de doña Rosario.

—Pues bien, decía ésta, ¿por fin á qué debemos atenernos? ¿Cárlos es liberal de esos que hay tantos y cuyas máximas van ya hasta la herejía y la impiedad, ó es un hombre timorato y de buenas costumbres? hable usted cla-

ro, Perez; pues nosotros nos hemos fiado de usted, y esperamos que será usted leal y sabrá corresponder á nuestra confianza.

—Muy bien, mi señora doña Rosario, todo eso está muy bueno ¿qué desea usted saber?

—Esto: ¿Cárlos frecuenta?

—Eso es lo que no se sabe.

—Pues entonces no frecuenta: adelante. ¿Cárlos es liberal?

—Quiero decir.....

—Nada de ambages, ¿sí ó no?

—Vea usted, mi señora, las ideas liberales no se oponen, ni á la buena conducta, ni á la fé religiosa.

—Malo, malo, usted no me dice terminantemente que no es liberal, luego lo es.

Tales vió las cosas Perez en la casa de doña Rosario, que creyó prudente aconsejar á Cárlos que no se presen-

tara en ella, y con este paso quedaron decididas las relaciones ocultas.

De este género de relaciones, han nacido las nueve décimas partes de los matrimonios desgraciados.

Si la misión de los hombres en sociedad, es, considerada bajo una de sus fases, la de engañarse mutuamente, la misión de los amantes es, con doble motivo, la de representar una comedia sin público, en lo que, creyendo cada uno trabajar para su provecho, trabaja para su ruina.

Parecer bien al objeto amado, es el primer cuidado del que ama, y de esta manera se exhibe bajo su aspecto más favorable.

Este anhelo recíproco, forma el falso pedestal de los amores, y si esto se agrega la dificultad de la comunicación y el trato social; hallamos una solución de la palabra novio, dividida en dos palabras: *no vió*.

No viendo, permanecieron Merced y Carlos algún tiempo: el suficiente para excitar un deseo, para enardecer una ilusión, para fomentar un sentimiento y para formar un capricho.

De día en día se redoblaba la vigilancia y se aumentaban con esto los sacrificios y las privaciones, hasta que un día Carlos resolvió poner término á aquella situación, más por lo embarazosa y molesta, que por que la pasión por Mercedes lo hubiera colocado ya en el último extremo.

La formal pretensión de Carlos, unida á la certidumbre de que Carlos era liberal; fué una pesadumbre para la familia, y para la mayor parte de sus amistades.

Faltaba esta peripecia indispensable al amor de Carlos, para hacerlo aspirar al heroísmo; las cosas desde este momento tomaron un carácter alar-

mante y se tocaron por ambas partes beligerantes los recursos extremos.

Se hizo mudar á Merced de residencia y Cárlos recibió un día la visita del padre Martínez.

Cárlos á pesar de ver en el padre Martínez una ave de mal agüero, lo recibió con atención exquisita y la mayor afabilidad.

—Mi misión dijo el padre Martínez como ya habrá usted podido comprender, señor D. Cárlos, es altamente delicada y difícil, y si no fuera por mi carácter eclesiástico, crea usted que hubiera renunciado á serle á usted molesto.

—Usted no me molestará de ningún modo.

—Gracias, mi señor. El caso es que mi amigo el señor D. Pedro María y su señora esposa, la señora doña Rosarito, desean que usted oyendo los

consejos de la amistad y las razones poderosas que les asisten para la oposición al pretendido enlace de usted, desista, así, buenamente de sus pretensiones. Nada le quitan á usted por supuesto, de su buena opinión y fama, ni tienen nada que decir de su caballerosidad y buena conducta; pero... mi señor don Cárlos, usted comprenderá que estamos en unos tiempos en que las ideas de eso que dan en llamar el progreso de la humanidad, está siendo ya la causa de disensiones que llegan hasta el hogar doméstico, y calculan definitivamente, señor D. Cárlos, que el matrimonio no puede ser feliz, supuesto que los contrayentes difieren esencialmente en ideas.

—De manera, interrumpió Cárlos, que ni usted ni la familia, conciben que pueda haber felicidad doméstica que se concilie con ninguna idea de progreso y de libertad en el orden político.

—Así lo creemos, mi señor Don Carlos.

—Aun cuando por parte de los que pretenden unirse, haya los elementos sólidos de la felicidad conyugal.

—¿Y cuáles son esos fundamentos?

—La educación, la moral, el respeto á las leyes civiles y á sí mismos, el amor y el deseo mútuo de agradarse. Me parece que con tales bases se hace hasta ridículo tocar la cuestión de creencias políticas y creer este punto indispensable para la felicidad doméstica.

—Sin religión, señor don Carlos.....

—Sin religión. Permítame usted preguntarle: ¿con qué derecho se juzga sin religión al hombre que profesa los principios liberales?

—Porque es un hecho.

—No es sino una superchería, una arma hipócrita de partido tal asevera-

ción; y ya que tan abiertamente mella usted á este terreno, entro en la lid con mucho gusto. El clero de México tiembla ante la idea de una reforma, como la que ha verificado ya el espíritu del siglo en otras partes; y bien convencido de que es inevitable su caída, y viéndola próxima, esgrime sus gastadas armas para embotar los golpes que le asesta la civilización de un pueblo que llegará á emanciparse de la tiranía religiosa, como se emancipó de sus dominadores después de tres siglos.

—Creo que lo preocupan á usted los buenos deseos de una transformación imposible. El pueblo mexicano es eminentemente católico; y aun añadiré lo que un predicador, compadre mío, decía hace muy poco en la cátedra del Espíritu Santo: «este pueblo es escogido de Dios. *Non fecit taliter*

omni nationi, no hizo otro tanto con las demás naciones.

—¿Quién? preguntó Cárlos, ¿Dios ó la Vírgen de Guadalupe?

—Su Divina Magestad por medio de Nuestra Madre Santísima, intercesora y prueba manifiesta de...

—Dejemos á Dios en el cielo si usted gusta, y sigamos nuestro tema en el terreno de nuestros asuntos, porque nos hemos remontado mucho.

—Dios sobre todo.

—No hay quien lo niegue.

—Porque todo nos viene de Dios.

—Menos lo que nos viene de las malas pasiones.

—Por supuesto, contestó el padre Martinez un poco turbado y dejó hablar á Cárlos.

Aquella entrevista en la que el padre Martinez oyó más de lo que hubiera querido, terminó sin dar más resul-

tado que la exacerbación de las pasiones.

Gracias á los buenos servicios de Perez y á pesar de la vigilancia paterna, Mercedes y Cárlos habian podido comunicarse varias veces, las suficientes para que los amantes hubieran tenido tiempo de reiterar sus mútuos juramentos.

Después de estos juramentos, los asuntos matrimoniales comenzaron á tomar un carácter alarmante, poniéndose en juego por parte de Cárlos el resorte de la autoridad pública, y por parte de D. Pedro María el de la autoridad eclesiástica, apoyado por todas las intrigas femeniles.

—¿Qué le parece á usted doña Rita, de la desgracia de Rosarito? decía una vieja.

—¿Qué desgracia? preguntó la interpelada.

—Que le casan á Merceditas.

—¡Es posible! ¿y contra quién, mi alma?

—¿Como contra quién? ¿usted no sabe cuando hasta los muchos lo chiflan? ¡con don Carlos!

—¿Y no es del gusto de la familia?

—Cómo ha de ser si es hereje.

—¡Ave María! ¿hereje?

—Sí, Doña Rita, se ha averiguado todo; y vea usted, es una lástima, por que por lo demás es hombre de posibles.

—¿Pero es cierto lo que usted me dice?

—¡Vaya si es cierto! sobre que no oye misa ¿lo creerá usted, doña Rita?

—¡Ah! pues eso es muy serio; pero la oirá temprano.

—Ni de doce y cuarto; domingo por domingo nos hemos encargado algunas de las amigas de la casa de

averiguar el hecho. A mí me tocó la última, y desde las cuatro de la mañana estuve esperando á que el mentado hereje saliera á misa, y nada; dieron las ocho y el señor en casa; las nueve y lo mismo; las diez y salió á la calle, y dije para mí, á misa de diez, lo seguí y entró, ¿dónde le parece á usted que entró? á una peluquería de donde salió á las once, á esa hora yo necesitaba ver por mí, pues como calculará usted, no era justo que por espiar al novio me quedara yo sin misa; porque él no había de cargar como yo, con mis once años de purgatorio.

—¿Y qué hizo usted para no abandonarlo?

—Puse á mi comadre en mi lugar, mientras fuí á misa de once á Catedral; salí en seguida y mi D. Carlos parado en el atrio.—¿Qué ha sucedido? le pregunté á mi comadre;—No se ha

movido de allí.—¿Está usted segura?
—Segura.—Pues bien, esperemos,
porque falta la misa de doce y de
doce y cuarto.

A los tres cuartos echó á andar y
nosotros tras él: se paró á saludar á
unas señoras..... yo no conozco á las
señoras á quienes saludó y no le po-
dré decir á usted que cosa eran; ellas
iban bien vestidas y una era muy bo-
nita..... en fin, puede que hayan sido
buenas gentes..... yo no sé..... ni me
gusta quitar créditos.

—¿Y luego?

—Dieron las doce, y dije ahora sí,
á la misa de doce; oiga usted, mi alma;
no era yo y me temblaban las piernas;
deseaba yo que su Divina Majestad le
tocara el corazón y se metiera á la
iglesia, porque se me resistía extra-
ordinariamente ir á dar á Rosarito la
mala noticia; pero nada, dieron las

doce y cuarto y mi hombre parado
como si tal misa hubiera en el mundo.

—Jesús, María y José de mi alma!
¿con que se quedó sin misa?

—Sí, señora; y nada de decir que por
enfermedad ó por ocupación, nada de
eso; no oyó misa porque no le dió gana
y porque, no se canse usted, es hereje,
es hereje.

—¿Qué no cabe duda!

—¿Y cómo quiere usted que doña
Rosarito le dé su hija á un hereje? no
señor, primero muerta, dice la pobre-
cita: primero la vea con cuatro velas
que esposa de un hombre sin religión.

—¿Qué horror! tiene mucha razón
doña Rosarito.

—Y luego, lo que ha seguido des-
pués.

—¿Pues qué ha seguido?

—Que el novio, el señorito, parece
que es persona de resoluciones, y se
ha presentado al señor Gobernador.

—¡Ave María! ¿con qué escandalito tenemos?

—Sí, mi alma, y grande, que vá á estar eso para poner tablados.

—Pues no deje usted de contarme lo que pase.

—Ya le daré á usted noticias; siento que esté usted tan de prisa, que si no le había de contar á usted más de cuatro cosas.

Mientras las viejas se habían encargado de averiguar si Cárlos oía misa, el padre Martinez llegó á averiguar lo que quería.

—El señor D. Cárlos lee á Voltaire, mi señor D. Pedro María.

—¿Con qué es posible?

—Sobre que me lo citó como autoridad en la conferencia que tuvimos.....

—¡Qué calamidad; exclamó D. Pedro, y se quedó pensativo.

El padre Martinez también se quedó pensativo.



CAPÍTULO XII.

Las posadas en la casa de Chucho el Ninfo.

NECESITAMOS apartarnos por algún tiempo de la casa de D. Pedro María, en espera de acontecimientos que valgan la pena de referirse, y volver á Elena y á Chucho el Ninfo á quien debemos dar la preferencia como el héroe de esta verídica historia.

Chucho había visitado ya tres establecimientos de primeras letras, y en todos ellos no había dejado la idea de llegar á ser un hombre instruido; y esto era porque Chucho contaba ante todo con su mamá.